

EDICIÓN

51 |

Abril / 2020

EL FARO

*Un Nuevo
Nombre*



SERVICIOS DEVOCIONALES

MARTES – JUEVES – DOMINGOS
7:00 PM 7:00 PM 10:00 AM



Editorial

En las Sagradas Escrituras, llama la atención leer sobre los grandes hombres de Dios, todos con sus cualidades y defectos, dentro de ellos sobresale Moisés; en esta ocasión, nos centraremos en el diálogo que el Señor tiene con el libertador de Israel. Renuentemente Moisés, dijo a Dios: Si voy a los hijos de Israel y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros, tal vez me digan: ¿Cuál es su nombre?, ¿Qué les responderé? Y Dios dijo a Moisés: Yo soy el que soy. Y añadió: Así dirás a los hijos de Israel: Yo soy, me ha enviado a vosotros. Además, Dios dijo a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre y con él se hará memoria de mí de generación en generación (Éxodo 3:13-15). Podemos ver, la forma en que Dios da a conocer su nombre a su siervo, primeramente, hace patente su omnipotencia y autoridad y luego le recuerda su eternidad.

Moisés tenía la experiencia de haber vivido en el politeísta Egipto, donde cada dios tenía un nombre y una actividad particular, ahora que se encuentra cara a cara con el Dios verdadero, el Dios de Israel, como para despejar toda duda, le preguntó ¿Cuál es tu nombre? A lo que Dios le respondió, Yo Soy, el que Soy y agregó, Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, como referencia a lo que tenía que decir a los ancianos para recordarles su pacto (Génesis 17:4.11). Posteriormente vemos en el evangelio de Juan, al Señor Jesús, quien respondió a la pregunta que hiciera Moisés cuando dijo: Yo soy la luz del mundo (Juan 9:5); Yo soy el pan de vida (Juan 6:35); Yo soy la puerta de las ovejas (Juan 10:7); Yo soy la resurrección y la vida (Juan 11:25); Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan 14:6); Yo soy la vid verdadera (Juan 16:1); Yo soy el Alfa y la Omega (Apocalipsis 1:8). A aquellos a los que se les revela el nombre de Dios, también les mues-

tra su poder, de aquí podemos considerar la importancia que tiene el nombre de Dios. Algo digno de considerar es que todo lo creado por Dios tiene un nombre. A cada uno de nosotros también se nos da un nombre al nacer, a algunos debido a las circunstancias de nuestro nacimiento como a Moisés (H4872 sacado, salvado) porque fue salvado de las aguas, o por alguna característica física como a Esaú (H6215 peludo) por ser velludo, o a Jabes (H3258 dolor) porque su madre lo dio a luz con dolor.

El nombre de una persona es lo que se reconoce de la misma, como dice la Biblia: Más vale el buen nombre, que las muchas riquezas y el favor que la plata y el oro (Proverbios 22:1). En esta oportunidad hablaremos, de algunas personas a las cuales, Dios les cambió el nombre pues necesitaban una nueva oportunidad de vida, con un nombre que les diera proféticamente dirección. En el caso de Abram a quien Dios sacó de Ur de los caldeos y a quien el Señor dijo: Vete de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. Haré de ti una nación grande y te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás bendición (Génesis 12:1-2).

El Señor dijo a Abram, que le daría un nombre grande y de ser un perfecto desconocido, pasó a ser Abraham, padre de multitud de naciones, Dios le dio un nombre más acorde a su nueva vida; lo mismo hizo con su esposa a la que convirtió de Sarái en Sara, princesa y madre de la nación. No podía faltar Jacob, indudablemente, Dios hizo una maravillosa transformación en el suplantador, lo convirtió en Israel, el padre de las doce tribus de donde vendría Jesús, el Salvador. También veremos a los apóstoles Pedro y Pablo, siendo transformados de hombres rudos en siervos que amaron al Señor, más que a sus propias vidas y finalmente, a Jesús a quien el Padre le concedió un Nombre sobre todo nombre. Que Dios les bendiga.



Director General

Profeta Pedro Legrand

Portada y Edición

Profeta Pedro Legrand

Jonatan Aguilar

Redacción y corrección de estilo

Profeta Pedro Legrand

Jonatan Aguilar

Jorge Vasquez

Redactores del ministerio

17 Avenida 5-62 Zona 1
Ciudad de Guatemala

Teléfono / whatsapp:
+502 54744779

idcluzdelasnaciones@gmail.com
www.idcluzdelasnaciones.com

Si esta revista te ha bendecido

Puedes enviar tu colaboración

al No. de cuenta: 02-0018258-6

A nombre de: Iglesia Luz de las Naciones

Banco: G&T Continental



Abram

En aquel tiempo, toda la tierra hablaba la misma lengua y las mismas palabras y cuando los hombres salieron de la región oriental, llegaron a la tierra de Sinar donde se establecieron. Y se dijeron unos a otros: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta los cielos y hagámonos un nombre famoso, para que no seamos dispersados sobre la faz de toda la tierra. Y el Señor descendió para ver la ciudad y la torre que habían edificado los hijos de los hombres y dijo el Señor: Vamos, bajemos y allí confundamos su lengua, para que nadie entienda el lenguaje del otro. Así los dispersó el Señor desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por eso fue llamada Babel (confusión), porque allí confundió el Señor la lengua de toda la tierra (Génesis 11:1-9). Esto nos enseña que los hombres de aquel tiempo tenían un mismo pensamiento, por lo que se fueron a un lugar lejano, sin tomar en cuenta que la presencia del Señor está en todo lugar, pues como dice el Salmista: Me tienes rodeado por completo; ¡estoy bajo tu control! ¡Yo no alcanzo a comprender tu admirable conocimiento! ¡Queda fuera de mi alcance! ¡Jamás podría yo alejarme de tu espíritu o pretender huir de ti! (Sal 139:5-7 TLA).

Esto quiere decir que la presencia del Señor está en todo lugar, pues cuando Él descendió, vio que los hombres de la tierra pretendían gloriarse en sí mismos, sin embargo, por la maldad del corazón del hombre, aquella sentencia confundió a toda la simiente de la tierra. Después del diluvio, la tierra se empezó a llenar con los hijos de Noé; Sem, Cam y Jafet. Dentro de los hijos de Cam, está Taré, quien engendró a Abram, a Nacor y a Harán, quien engendró a Lot. Abram tomó por mujer a Saraí quien era estéril y Nacor escogió a Milca. Taré tomó a toda su familia y salieron de Ur de los Caldeos y llegaron hasta Harán. Y el Señor le dijo a Abram: Vete de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. Haré de ti una nación grande y te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás bendición y bendeciré al que te bendiga y al que te maldiga maldeciré y en ti serán benditas todas las familias de la tierra. Y atravesó Abram el país hasta Siquem, hasta la encina de Moré. Y el Señor se apareció a Abram y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Abram era muy rico en ganado, plata y oro y su pariente Lot en ovejas, vacas y tiendas; la tierra no podía sostenerlos porque sus posesiones eran tantas, que no podían habitar juntos.

Abram le dijo a Lot, te ruego que te separes de mí y Lot habitó en las ciudades del Valle y Abram se estableció en la tierra de Canaán, después que se había separado de Lot, el Señor le volvió hablar y le dijo: Alza ahora los ojos y mira desde el lugar donde estás hacia el norte, el sur, el oriente y el occidente; pues toda la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia para siempre (Génesis Cap. 12 y 13). Podemos ver, que Dios quería bendecir la vida de Abram, pero aquel varón, no había obedecido a cabalidad la orden de Dios, pues aún andaba con su sobrino Lot; para nosotros, esto es figura de aquellas cosas que Dios nos ha pedido, pero que no podemos dejar. Esto nos enseña, que es necesario que cada uno de nosotros aprendamos a escuchar la voz de Dios, pues como dijo el Apóstol Pedro: sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación (1 Pedro 1:18-19 RV 1960).

Tiempo después, el Señor se le apareció a Abram cuando tenía noventa y nueve años y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto. Y yo estableceré mi pacto contigo y te multiplicaré en gran manera. En cuanto a mí, he aquí, mi pacto es contigo y serás padre de multitud de naciones. Y no serás llamado más Abram; sino que tu nombre será Abraham; porque yo te haré padre de multitud de naciones (Génesis 17:1-5). Es aquí, donde podemos ver como el Señor cambió la naturaleza de Abram (H87 Padre Enaltecido), por Abraham (H85 Padre de Multitudes), es decir que, la naturaleza de Abram era la altivez y así no podía recibir la promesa, porque el Señor es excelso y atiende al humilde, mas al altivo conoce de lejos (Salmo 138:6). Cuando Abraham recibió su nuevo nombre, con él vino la promesa que de él saldrían multitud de naciones y reyes. El Señor guardaría su pacto por todas las generaciones después de Abraham, lo que Dios le pidió era la obediencia, como dice la Palabra: ¿Se complace el Señor tanto en holocaustos y sacrificios como en la obediencia a la voz del Señor? He aquí, el obedecer es mejor que un sacrificio y el prestar atención, que la grosura de los carneros. Porque la rebelión es como pecado de adivinación y la desobediencia,

como iniquidad e idolatría (1 Samuel 15:22-23). La señal del pacto entre Dios y Abraham era que todo varón nacido en su casa fuera circuncidado, en la carne de su prepucio. Esta circuncisión es un sello de la justicia de la fe, que Abraham tuvo mientras aún era incircunciso, para que fuera padre de todos los que creen sin ser circuncidados, a fin de que la justicia también a ellos les fuera imputada y padre de la circuncisión para aquellos que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen en los pasos de la fe, que tenía nuestro padre Abraham cuando era incircunciso (Romanos 4:10-12). Luego de esto, el Señor le dijo a Abraham: A Saraí, tu mujer, no la llamarás Saraí, sino que Sara será su nombre. Y la bendeciré y de cierto te daré un hijo por medio de ella. La bendeciré y será madre de naciones; reyes de pueblos vendrán de ella (Génesis 17:15,16). Podemos ver, el cambio de naturaleza de Saraí (H8297 cabeza, dominante) a Sara (H8282 dama, princesa, reina).

Esto nos muestra la transformación que el Señor hizo en Saraí, ya que su antigua naturaleza era manipuladora; como lo que sucedió con el caso de Agar su sierva, a quien dio a Abraham, para que concibiera un hijo con ella; sin embargo, este no era el plan del Señor. La actitud de Saraí no fue prudente, pues dice la Palabra: La mujer sabia edifica su casa, pero la necia con sus manos la derriba (Proverbios 14:1). Saraí debía compartir la misma visión que Abraham; como su esposa, debió ser su ayuda idónea, ser paciente y esperar el cumplimiento de la palabra que el Señor había dado. El Señor le cambió el nombre y con ello también le cambió su naturaleza, para que ella pudiera ser una mujer fértil, pues dice la Escritura: Grita de júbilo, oh estéril, la que no ha dado a luz; prorrumpe en gritos de júbilo y clama en alta voz, la que no ha estado de parto; porque son más los hijos de la desolada, que los hijos de la casada dice el Señor. Ensancha el lugar de tu tienda, extiende las cortinas de tus moradas, no escatimes; alarga tus cuerdas y refuerza tus estacas (Isaías 54:1-3). Como podemos ver, cuando el Señor vino a nuestras vidas, nos cambió el nombre y nos dio una nueva naturaleza, como está escrito: El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto (Juan 15:5).

Jacob

El nombre es parte importante de una persona, pues con él se da identidad al individuo, es decir que el nombre otorga una singularidad y esta se da desde el momento del nacimiento; esto tiene como resultado, que el nuevo individuo sea considerado parte de la comunidad. Sin embargo, aunque el nombre nos da identidad, algunas personas optan por cambiárselo, obteniendo así, una nueva identidad ante la sociedad a la cual pertenecen. El cambio de nombre no es algo nuevo, se ha dado desde la antigüedad por varias razones, como un apodo o sobrenombre, como sucedió a Cayo Julio César Augusto Germánico, que le decían Calígula (botitas); también puede darse por situaciones políticas, como en el caso de tener que adoptar una nueva nacionalidad, etc. También vemos en la palabra de Dios el cambio de nombre, un ejemplo de ello es Gedeón, quien fue llamado Jerobaal, que quiere decir: Que Baal contienda contra él o el que contienda contra Baal (Jueces 6:32), otro ejemplo es Abram (padre enaltecido), a quien Dios le cambió el nombre por Abraham (padre de multitudes) y le dijo: Te haré fecundo en gran manera, de ti haré naciones y saldrán reyes; estableceré mi pacto contigo y tu descendencia, por todas sus generaciones, por pacto eterno, de ser Dios tuyo y de toda tu descendencia. Te daré a ti y a tu descendencia después de ti, la tierra de tus peregrinaciones, toda la tierra de Canaán como posesión perpetua y yo seré su Dios (Génesis 17:6-8).

El Señor bendijo a Abraham con un hijo al que llamó Isaac, quien a la edad de cuarenta años tomó por mujer a Rebeca, sin embargo, ella era estéril e Isaac oró por ella; el Señor lo escuchó y ella concibió, pero los hijos luchaban dentro de su vientre y dijo: Si esto es así, ¿para qué vivo yo? Entonces fue a consultar al Señor y le dijo: Dos naciones hay en tu seno y dos pueblos se dividirán desde tus entrañas; un pueblo será más fuerte que el otro y el mayor servirá al menor. Cuando se cumplieron los días de su gestación había mellizos en su vientre, salió el primero rojizo, todo velludo como una pelliza y lo llamaron Esaú (H6215 peludo) y después salió su hermano, con su mano asida al talón de Esaú y lo llamaron Jacob (H3290 suplantador). Los niños crecieron y Esaú llegó a ser un gran cazador, pero Jacob era un hombre pacífico. Isaac amaba a Esaú porque le gustaba lo que cazaba, pero Rebeca amaba a Jacob (Genesis 25:19-28). Es importante que resaltemos la naturaleza de cada uno de los hijos de Isaac, por una parte estaba Esaú, de quien podemos decir que era un hombre

violento, pues era hábil cazador, por otra parte estaba Jacob quien era un hombre pacífico y vivía en tiendas, esto nos habla, que era un hombre sujeto a la cobertura. La palabra de Dios nos dice que Jacob había preparado un potaje, cuando Esaú llegó cansado del campo y le dijo a su hermano: Te ruego que me des a comer un poco de ese guisado rojo, pues estoy agotado. Entonces Jacob le contestó: véndeme tu primogenitura y Esaú dijo: Estoy a punto de morir y de nada me sirve la primogenitura; entonces Jacob hizo que se lo jurara y después de hacerlo y se lo dio a comer. Así Esaú menospreció la primogenitura (Génesis 25:20-34). El primogénito de una familia ocupaba un rol muy importante, pues con ella se recibían privilegios, sin mencionar la doble porción. En el sistema feudal cuando un hombre moría, su hijo mayor o primogénito, heredaba toda la tierra y fortuna; según la Palabra de Dios, todo primogénito, debía ser consagrado al Señor, el primer nacido entre los hijos de Israel, tanto de hombre como de animales eran de su pertenencia (Éxodo 13:2). El primogénito tenía el derecho de regalar o vender su primogenitura y esto fue lo que sucedió con Jacob y Esaú, al perder la primogenitura, perdió todos sus privilegios. Posteriormente cuando Isaac era viejo y sus ojos demasiado débiles para ver, llamó a Esaú para que fuera al campo a cazar y le trajera de comer, para luego bendecirlo.

Rebeca escuchó todo y le dijo a Jacob: toma dos cabritos del rebaño, para que los prepare y le des a tu padre, para que te bendiga. Rebeca tomó los cabritos, preparó comida y a su hijo con la ropa de su hermano y lo envió a su padre, puso en sus manos las pieles de los corderos y le dio el guiso, fue entonces Jacob y dio de comer a Isaac. Después de comer le dijo que se acercara, lo besó y lo bendijo. Al salir de allí vino su hermano Esaú e Isaac se dio cuenta que había bendecido a Jacob y le dijo a Esaú: Tu hermano vino con engaño y se ha llevado tu bendición. He aquí, yo lo he puesto por señor tuyo y le he dado por siervos a todos sus parientes; y con grano y mosto lo he sustentado... (Génesis 27). Vemos cómo Dios bendijo a Jacob dándole la primogenitura, para que se cumpliera la promesa dada a Isaac, pues cuando los mellizos estaban en el vientre de Rebeca el Señor dijo: El mayor servirá al menor. Dice la Biblia que: El Señor amó a Jacob y a Esaú aborreció, no porque el Señor sea injusto, porque Él dice: tendré misericordia del que yo tenga misericordia y tendré compasión del que yo tenga compasión. Así que no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia

(Romanos 9:13-16). Esaú quiso matar a Jacob, por lo que había hecho y este huyó. Mientras iba de camino, pasó la noche en un lugar que se llamaba Luz, al acostarse tomó una piedra como cabecera y tuvo un sueño donde había una escalera en donde ángeles del Señor subían y bajaban, más en lo alto de la escalera, estaba el Señor y le dijo: Yo soy el Señor, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac. La tierra en la que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. También tu descendencia será como el polvo de la tierra y te extenderás hacia el occidente y hacia el oriente, hacia el norte y hacia el sur; y en ti y en tu simiente serán bendecidas todas las familias de la tierra. He aquí, yo estoy contigo y te guardaré por dondequiera que vayas y te haré volver a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he prometido (Génesis 28:11-15).

Tal como el Señor prometió, Jacob trabajó para Labán por veinte años y el Señor lo prosperó en gran manera; tuvo grandes rebaños, siervas y siervos, camellos y asnos, antes de salir de la casa de Labán, el Señor le dijo: Vuelve a la tierra de tus padres y a tus familiares y yo estaré contigo (Génesis 31:3). Cuando estaba cerca de encontrarse con su hermano Esaú, se quedó solo en el vado de Jaboc y un hombre luchó con él hasta rayar el alba, cuando vio aquel hombre que no había prevalecido contra Jacob, le tocó la coyuntura del muslo y se la dislocó y quiso que Jacob lo soltara, pero Jacob le dijo que no lo haría si no lo bendecía, entonces el hombre le dijo: Ya no será tu nombre Jacob, sino Israel (H3478 Él gobernará, Dios prevalecerá), porque has luchado con Dios y con los hombres y has prevalecido (Génesis 32:28). Es importante que veamos la actitud que tuvo Jacob, pues no desistió hasta obtener su bendición, sin embargo, tuvo que aprender, que era necesario luchar consigo mismo y renunciar a su viejo hombre. Dios había escogido a Jacob, para formar a su pueblo escogido Israel, su exclusiva posesión, quienes debían guardar todos sus mandamientos y Él los pondría en alto sobre todas las naciones que ha hecho, para alabanza, renombre y honor; como un pueblo consagrado al Señor (Deuteronomio 26:18-19).

De la misma manera también nosotros, debemos desechar el viejo hombre, es decir la naturaleza pecaminosa, el Jacob que llevamos dentro y revestirnos del nuevo hombre, el cual se va renovando hacia un verdadero conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó (Colosenses 3:10), pues somos linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anunciemos las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 Pedro 2:9).

Simón

El nombre nos proporciona una identidad, nos da carácter, define nuestra forma de ser, nos ayuda a ser tomados en cuenta. Desde nuestro nacimiento somos reconocidos con el nombre que nuestros padres escogieron para nosotros. Algunas personas ponen nombres de artistas, cantantes, deportistas, porque se sienten identificados con ellos o porque son la sensación del momento, otros, por ejemplo, llaman a los menores con nombres como Dolores, Angustias, Soledad, etc. El problema de estos nombres, es que traen consigo una mala ministración para el alma del portador; no solamente en nuestra vida vemos estos ejemplos, la Biblia nos habla de Elimelec, que fue a vivir a la tierra de Moab con su esposa Noemí, ellos tuvieron dos hijos a los que llamaron Mahlón y Quelión. Mahlón; H4248 Maklón, que quiere decir enfermo; Quelión; H3631 killayón, languidez o desfallecimiento, esta ministración fue terrible y poco a poco estos sucumbieron a ella (Rut 1:5). En la Biblia la primera pareja que vemos poner un nombre es la de Adán y Eva; Después de la caída del hombre por causa del pecado, el hombre fue expulsado de la presencia de Dios, entonces Adán conoció a su esposa Eva y a su tiempo tuvieron hijos; al primero llamaron Caín; H7013 Cayín, que quiere decir lanza como golpeando rápido, fijeza, firme, lanza; luego tuvieron a Abel; H1892 Jébel; vaciedad, aliento, ídolo, vanidad, viento.

Llama la atención, como cada uno de los nombres, denotan un estado de ánimo en la vida de Eva, pues cuando tuvo a Caín dijo: He adquirido varón con la ayuda del Señor (Génesis 4:1); por el contrario, cuando tuvo a Abel, ella no pronunció palabra, lo que nos dice que había un vacío en su corazón. Esto nos muestra que, muchas veces nuestros padres, nos ponen nombres dependiendo del estado de ánimo en que se encuentran o de las situaciones que estén viviendo. Ahora bien, Caín el mayor de los hijos de Adán, tiene una historia similar a un hombre llamado Simón, pescador de la tierra de Galilea, a quien el Señor llamó para que le siguiera, para convertirlo en pescador de hombres y a quien el Señor le cambió el nombre llamándolo Pedro (Mateo 4:18,19; Lucas 6:14). El Señor tuvo un diálogo con Caín, después de que junto con su hermano presentaran su ofrenda y le dijo: ¿Por qué estás enojado y por qué se ha demudado tu semblante? Si haces bien, ¿no serás aceptado? Y si no haces bien, el pecado yace a la puerta y te codicia, pero tú debes dominarlo (Génesis 4:6-7). El Señor, le habló a Caín para que no se dejara dominar por el pecado, tal como su nombre lo dice, Caín debía estar firme contra las acechanzas del enemigo, mas Caín sucum-

bió al pecado matando a su hermano. Posteriormente el Señor, le preguntó: ¿Dónde está tu hermano Abel? Y él respondió: No sé. ¿Soy yo acaso guardián de mi hermano? Y Él le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra (Génesis 4:9-10). En el caso del apóstol Pedro, el Señor le dijo: Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti para que tu fe no falle; y tú, una vez que hayas regresado, fortalece a tus hermanos (Lucas 22:31-32).

Como podemos ver, el diálogo entre Dios y Caín, es muy similar al diálogo entre el Señor y Simón Pedro. Ahora podemos entender, que era necesario, cambiar el nombre de Simón H8095, que quiere decir, escuchar inteligentemente, a Pedro G4074, que significa, pedazo de roca; en referencia a la fortaleza que debía de tener, para resistir las incidencias del Diablo. El apóstol Juan, nos describe la reunión, de Cristo Resucitado con Pedro, cuando le dijo: Simón, hijo de Juan; notemos que no se refirió a él como Pedro, continúa diciendo: ¿me amas más que éstos? Pedro le dijo: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dijo: Apacienta mis corderos.

Y volvió a decirle por segunda vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro le dijo: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo por tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Pedro se entristeció porque la tercera vez le dijo: ¿Me quieres? Y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas (Juan 21:15-17). Como podemos apreciar, Dios le preguntó a Caín por su hermano y este respondió de la abundancia de su corazón y no del llamado que el Señor le había hecho para cuidar de su hermano; en el caso de Pedro, Jesús le preguntó a Pedro si lo amaba, a lo que él tímidamente respondió, te quiero. El Señor viendo el corazón de Pedro, le dijo apacienta mis ovejas. La relación de estos dos hombres, está tanto en su nombre, como en su respuesta, el primero respondió, matando a su hermano, pero el segundo, respondió de acuerdo a lo que había recibido del Maestro. Como podemos ver, la vida del apóstol Pedro, estaba relacionada íntimamente con el número tres, tres veces negó al Señor, tres veces le preguntó el Señor si lo amaba, tres veces le dijeron a Pedro mata y come, finalmente Pedro recibiría tres nombres.

Cada nombre corresponde a una etapa de la vida del apóstol; el nombre Simón, corresponde a la etapa de la niñez espiritual de Pedro, esta etapa, se refiere al oír, como todos nosotros tuvimos que hacer para venir a los pies del Señor, pues la Palabra dice que la fe viene por el oír y el oír por la palabra de Dios (Romanos 10:17). Esto se une a lo que dijo el Señor: Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco y me siguen (Juan 10:27), en este tiempo, el apóstol siguió al Señor, sorprendido por su mensaje y por las señales que hacía. Un día el Señor fue a la casa de Pedro y encontró a su suegra enferma y el Señor la sanó; así empezó la relación del Maestro y su discípulo, ya no solo compartían la enseñanza, ahora compartían la vida. Luego de esto, el Señor le dijo a Simón, ya no te llamarás Simón, sino que te llamarás Pedro, esta fue la etapa en que creció hasta convertirse en discípulo; un día el Señor le pregunto a sus discípulos, diciendo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Y Jesús, respondiendo, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás (H3123 yoná; paloma), porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

El Señor confirmaba por medio de la filiación de Pedro su unidad con el Espíritu Santo. Finalmente, hablaremos de un Pedro maduro, al que el Señor le dijo: En verdad, en verdad te digo: cuando eras más joven te vestías y andabas por donde querías; pero cuando seas viejo extenderás las manos y otro te vestirá y te llevará adonde no quieras (Juan 21:18). Pedro se convirtió en Cefas (G2786 Kefás; Roca), esa roca de fortaleza que podía ayudar a sus hermanos. Queremos terminar, con las palabras del apóstol, quien en su primera carta, nos dice: Por tanto, a los ancianos entre vosotros, exhorto yo, anciano como ellos y testigo de los padecimientos de Cristo y también participante de la gloria que ha de ser revelada: pastoread el rebaño de Dios entre vosotros, velando por él, no por obligación, sino voluntariamente, como quiere Dios; no por la avaricia del dinero, sino con sincero deseo; tampoco como teniendo señorío sobre los que os han sido confiados, sino demostrando ser ejemplos del rebaño. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, recibiréis la corona inmarcesible de gloria (1 Pedro 5:1-4).

Por lo tanto, crezcamos también nosotros, hasta llegar a la madurez, que el Señor nos haga estables, como la roca firme.

Saulo

La Palabra del Señor nos cuenta en el libro del Génesis, el relato de cómo fue creado el hombre y todo lo que le rodea; desde el principio, Dios dejó ver que el nombre de las cosas no solo daba un sentido de pertenencia, sino también identidad y función, por ejemplo: Entonces Dios dijo: Sea la luz. Y hubo luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas. Y llamó Dios a la luz día y a las tinieblas llamó noche. Y fue la tarde y fue la mañana: un día (Génesis 1:3-5). Dios tomó al hombre y lo puso en el huerto del Edén (H5730 éden; placer, deleite, delicadeza, delicia), aquel lugar sin duda alguna, era un lugar donde el hombre y su mujer, podían deleitarse, no solamente en el lugar, sino también en la presencia de Dios, pues dice la Biblia que el Señor se paseaba a lo fresco del día en el Edén, es decir que el hombre tenía una relación muy cercana, con el Padre Celestial (Génesis 3:8).

Pero sabemos que había un intruso en aquel lugar que no estaba contento con la relación entre el hombre y Dios, por lo que se acercó para contaminar a la mujer, quien prestó su oído a la voz de la serpiente y por decirlo de alguna manera, esta sembró en ella sus huevecillos, que a su tiempo darían a luz el pecado, como dice la Escritura: Que nadie diga cuando es tentado: Soy tentado por Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal y Él mismo no tienta a nadie. Sino que cada uno es tentado cuando es llevado y seducido por su propia pasión. Después, cuando la pasión ha concebido, da a luz el pecado; y cuando el pecado es consumado, engendra la muerte (Santiago 1:13-15). Precisamente esto sucedió con la mujer, quien después de comer, le dio a su esposo que murió junto con ella, pues recordemos lo que Dios dijo sobre este fruto: De todo árbol del huerto podrás comer, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás (Génesis 2:16-17).

Si ponemos atención a este momento en particular, veremos que la serpiente comenzó una persecución para matar y quitar el nombre del Señor de la simiente que le pertenecía; por esto, la serpiente enseñó a matar a la mujer; esto se marcó de tal manera en la genética de Adán y Eva, que cuando crecieron sus hijos, Caín el hijo mayor, mató a su hermano Abel. Esto nos deja ver que el nombre de la serpiente, tomó el lugar que le corresponde al nombre del Señor en la vida de

cada ser humano, es decir que la humanidad se convirtió, en heredad de la serpiente, dice la Escritura: Sois de vuestro padre el diablo y queréis hacer los deseos de vuestro padre. Él fue un homicida desde el principio y no se ha mantenido en la verdad porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, habla de su propia naturaleza, porque es mentiroso y el padre de la mentira (Juan 8:44). Esta maldición se ha manifestado de generación en generación y podríamos mencionar varios relatos en la Biblia que nos hablan de ello, pero queremos enfocarnos en dos casos, el primero que veremos es el de Saúl y David y el segundo el de Saulo de Tarso y la iglesia, los que estudiaremos en detalle. Saúl, hijo de Cis, fue un joven bien parecido. No había otro más bien parecido que él entre los hijos de Israel; de los hombres arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo. Fue llamado a ser rey por medio del profeta Samuel, quien le dijo de parte de Dios: Encontrarás una compañía de profetas que descienden del lugar alto con arpa, pandero, flauta y lira delante de ellos y estarán profetizando. Entonces el Espíritu del Señor vendrá sobre tí con gran poder, profetizarás con ellos y serás cambiado en otro hombre.

Cuando estas señales te hayan sucedido, haz lo que la situación requiera, porque Dios está contigo (1 Samuel 10:5-7). El Señor se acercó a aquel varón y por medio del fluir profético Dios cambió su corazón en otro hombre, mas Saúl, no buscó permanecer en ese estado. Posteriormente, debido a la terquedad del corazón de Saúl, el Señor levantó a un hombre conforme a su corazón llamado David. La simiente del mal, que se encontraba en Saúl, hizo que lo persiguiera para matarlo, ya que, como podemos ver el enemigo desde el principio a querido destruir la simiente santa. De la misma manera, podemos ver en Saulo de Tarso, (G4569 Saúlos; de origen hebreo H7586 Shaúl, pedido), la implicación espiritual que su nombre conlleva, pues la ministración del nombre de Saúl por decirlo así, vino sobre él; esto convirtió a Saulo en un perseguidor de nuestro David, Cristo. Saulo respirando todavía amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, fue al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, para que si encontraba algunos que pertenecieran al Camino, tanto hombres como mujeres, los pudiera llevar atados a Jerusalén. Y sucedió que mientras viajaba, al acercarse a Damasco, de repente resplandeció en su derredor una luz del cielo; y al caer a tierra, oyó una voz

que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y Él respondió: Yo soy Jesús a quien tú persigues (Hechos 9:1-5). Como podemos ver, Saulo perseguía a la iglesia y por consiguiente a Jesucristo, mas quien podrá contender en contra de nuestro Dios. El Señor es un Dios que se complace en hacer misericordia (Miqueas 7:18) y en esta ocasión no venía el Señor a matar a Saulo, sino a cambiar su naturaleza; el Señor le habló a Saúl su antecesor, por medio del profeta Samuel, pero Saúl hizo caso omiso a lo que el Señor le pidió y por esto fue desechado (1 Samuel 13:10-14; 1 Samuel cap. 15). Por el contrario en el caso de Saulo, el Señor le dijo: levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer. Los hombres que iban con él se detuvieron atónitos, oyendo la voz, pero sin ver a nadie. Saulo se levantó del suelo y aunque sus ojos estaban abiertos, no veía nada; y llevándolo por la mano, lo trajeron a Damasco. Y estuvo tres días sin ver y no comió ni bebió (Hechos 9:6-9). Saulo escuchó la voz de Jesús y siguió la orden y fue recompensado por su obediencia, podemos ver que el Señor cambió a Saulo y conforme paso el tiempo llegó a ser conocido como Pablo (G3972 Paúlos; pequeño).

El Señor Jesús dijo: Ustedes saben que los gobernantes de los Gentiles se enseñorean de ellos y que los grandes ejercen autoridad sobre ellos. No ha de ser así entre ustedes, sino que el que entre ustedes quiera llegar a ser grande, será su servidor y el que entre ustedes quiera ser el primero, será su siervo; así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar Su vida en rescate por muchos (Mateo 20:25-28). Después de pasados los años Pablo dijo: Por esta causa yo, Pablo, prisionero de Cristo Jesús por amor de ustedes los Gentiles, si en verdad han oído de la dispensación de la gracia de Dios que me fue dada para ustedes (Efesios 3:1-2). Y continúa diciendo: Conforme a la gracia de Dios que me fue dada, yo, como sabio arquitecto, puse el fundamento... (1 Corintios 3:10). Pero no fue fácil renunciar al nombre y la fama que le precedía como asesino y perseguidor del Camino y llegar a ser el perito arquitecto de la iglesia, pues el mismo Señor le dijo cuanto debía sufrir, esto mismo lo dice el apóstol cuando relata, que él pasó por azotes, persecuciones, cárceles, peligros de muerte, hambre, escases, entre muchas cosas más.

Para terminar, la bendición de Pablo, también se ha dispuesto para nosotros, es decir el Señor se presenta delante de cada uno, para quitar el nombre de la serpiente y así establecer el suyo, como dice la Escritura: ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por fe en el Hijo de Dios (Gálatas 2:20).

Jesús

Cuando Dios vio que la tierra estaba sin orden y vacía y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, dijo Dios: Sea la luz y hubo luz, vio que la luz era buena y la separó de las tinieblas y llamó Dios a la luz día y a las tinieblas llamó noche, esta es la primera vez en la Biblia que Dios llamó a algo por su nombre. La palabra hebrea para nombre o nombrar es cará (H7121) que tiene una variedad de aplicaciones, tales como anunciar, convocar, llamar, proclamar, profetizar, pero significa propiamente llamar por nombre. Como podemos ver, en la cultura hebrea poner nombre a alguien o algo, no solamente servía para identificar a la persona, sino que consistía en profetizar sobre ella lo que, con el transcurso del tiempo, manifestaría su propia naturaleza o condición. La Palabra también nos relata que el Señor formó de la tierra, todo animal del campo y toda ave del cielo y los trajo al hombre para ver cómo los llamaría y como el hombre llamó a cada ser viviente, ése fue su nombre. Cuando el Señor formó a la mujer de la costilla de Adán, el hombre dijo: Esta es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ella será llamada varona, porque del hombre fue tomada (Génesis 2:19-23), vemos aquí la potestad que Dios le dio a Adán para poner nombre a los animales, dando a cada uno de ellos una identidad propia, así como a su compañera.

Luego de la caída Adán le puso un nuevo nombre a su mujer, la llamó Eva, porque ella sería la madre de todos los vivientes (Génesis 3:20). La Palabra de Dios nos relata que el profeta Isaías, fue enviado por el Señor para fortalecer a Acáz, rey de Judá ante una inminente invasión a su territorio, debido a que Rezín, rey de Siria y Remalías, rey de Israel, se habían aliado para tomar Jerusalén. El profeta dijo al rey que pidiera una señal, pero ante su negativa a tentar a Dios, el profeta le anunció que Dios mismo le daría una señal y le dijo: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y llamará su nombre Emanuel". Dios prometió liberar a Acáz en corto tiempo, el que se necesitaría para que el niño alcanzara la edad, para poder discernir entre lo malo y lo bueno (Isaías 7:14). Esta profecía probablemente se refería al nacimiento del hijo del profeta, según nos indican algunos comentaristas, aunque su cumplimiento está claramente documentado en el Nuevo Testamento en el Evangelio de Mateo, quien relata lo concerniente al nacimiento de Jesucristo. El evangelista nos dice que, por aquel tiempo María la madre del Señor, estaba desposada con un hombre llamado José y antes que se consumara el matrimonio, ella había concebido por obra del Espíritu Santo. José quiso abandonarla en secreto, pero un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no

temas recibir a María tu mujer, porque el Niño que se ha engendrado en ella es del Espíritu Santo. Y dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había hablado por medio del profeta, diciendo: He aquí, la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: Dios con nosotros. José hizo como el ángel del Señor le había mandado y tomó consigo a su mujer y la conservó virgen hasta que dio a luz un hijo y le puso por nombre Jesús (Mateo 1:18-24). Jesús es la forma griega del hebreo Josué que significa el Señor, el Salvador o la Salvación del Señor; Josué aparece en la Palabra como el ayudante de Moisés (Éxodo 24:13), su nombre original era Oseas (H1954) que significa liberación, salvación; Joshua, el Señor Salva, mas cuando Moisés lo envió a reconocer la tierra prometida, le dio el nombre de Josué (Números 13:16).

Josué sustituyó a Moisés como el jefe de los ejércitos del Señor y fue enviado por Dios para guiar a su pueblo, a la tierra de Canaán donde ellos reposarían de todos los sufrimientos, que pasaron en Egipto durante cuatrocientos años, pero debido a su incredulidad, no pudieron entrar a la tierra prometida, tal como dice la Carta a los hebreos: Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación. Porque ¿quiénes, habiendo oído, le provocaron? ¿Acaso no fueron todos los que salieron de Egipto guiados por Moisés? ¿Y con quiénes se disgustó por cuarenta años? ¿No fue con aquellos que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a los que fueron desobedientes? Vemos, pues, que no pudieron entrar a causa de su incredulidad (Hebreos 3:15-19).

Podemos decir que Jesús es nuestro Josué, quien nos introdujo en su reposo. Cada vez que invocamos el nombre de Jesús, estamos invocando la salvación que proveyera el Padre y eso nos hace completamente salvos de la muerte y del pecado que nos asediaba, como de las cargas que nos afectaban, introduciéndonos en el verdadero reposo de Dios. El libro de los Hechos de los Apóstoles relata que, los apóstoles Pedro y Juan fueron al templo, donde encontraron a un hombre cojo desde su nacimiento, al que llevaban y ponían diariamente a la puerta del templo llamada la Hermosa, para que pidiera limosna a los

que entraban al templo. El apóstol Pedro dijo a aquel hombre: No tengo plata ni oro, mas lo que tengo, te doy: en el nombre de Jesucristo el Nazareno, ¡anda! Y asíéndolo de la mano derecha, lo levantó; al instante sus pies y tobillos cobraron fuerza y de un salto se puso en pie y andaba. Entró al templo con ellos caminando, saltando y alabando a Dios. Al siguiente día las autoridades religiosas, interrogaron a los apóstoles sobre aquella sanidad y Pedro respondió: Sabed todos vosotros y todo el pueblo de Israel que, en el nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos, por Él, este hombre se halla aquí sano delante de vosotros.

Este Jesús es la Piedra desechada por vosotros los constructores, pero que ha venido a ser la Piedra Angular. Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en el cual podamos ser salvos (Hechos 3, 4). Este es el punto fundamental de este estudio, Dios nos dio un nombre por medio del cual podemos acceder al Padre y a la vida eterna. El Señor antes de partir dijo: Y estas señales acompañarán a los que han creído: en mi nombre echarán fuera demonios, hablarán en nuevas lenguas; tomarán serpientes en las manos, y aunque beban algo mortífero, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán las manos, y se pondrán bien (Marcos 16:17,18). El apóstol Juan llamó a Jesús el Verbo, usó la palabra griega "Logos" para identificar al Señor y agregó: En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios (Juan 1:1). Al nombre de Jesús de Nazaret se le agregó a lo largo del Nuevo Testamento y en los escritos de Pablo, el título mesiánico de "Cristo" que en griego significa "Ungido" del latín Christus, y este a su vez del griego antiguo, Christós; incluso Cristo se utilizó como un sinónimo de Jesús, por lo que le llamaron Jesús Cristo, de Jesús, el Mesías, del hebreo Yeshua Ha'Mashiaj, poniendo el énfasis en la persona de Jesús y a su calidad de Ungido de Dios o bien, en su orden recíproco Cristo Jesús, destacando el cargo que ocupa.

El apóstol Pablo en su carta a los filipenses nos dice que Dios exaltó a Cristo hasta lo sumo, y le confirió el nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2:9-11).

**Quédate en casa
y escucha nuestra
programación especial,
las 24 horas.**



Radio online
EL FARO
Llevando Luz a las Naciones

